



**CONFERENCIA SOBRE MISIÓN Y EVANGELIZACIÓN MUNDIAL
VEN SANTO ESPÍRITU – SANA Y RECONCILIA**
Llamados en Cristo para ser comunidades que reconcilian y sanan

Atenas (Grecia), 9-16 de mayo de 2005

RECONCILIACIÓN COMO NUEVO PARADIGMA DE MISIÓN

**Robert Schreiter, C.PP.S.
Unión Católica Teológica, Chicago, E.U.A.**

El Surgimiento de la Reconciliación en la Discusión sobre la Misión.

Ha habido referencias y ecos del tema de la reconciliación en la discusión teológica sobre la misión a lo largo del siglo pasado, pero es sólo en la última década y media que ha surgido como una forma importante de hablar sobre la misión Cristiana. El trabajo magisterial de David Bosch, *Transformando la Misión*, no hace mención de ello. El reciente libro de Stephen Bevans y Roger Schroeder, *Constantes en Contexto*, publicado en 2004, por otro lado, tiene múltiples referencias a la reconciliación. ¿Qué ha sucedido?

Ha sido la experiencia de tratar de conformarse con un pasado violento, la necesidad de poner fin a la hostilidad, y el largo trabajo de reconstruir las sociedades deshechas lo que ha impulsado a que mucha gente preste atención a la reconciliación, especialmente aquellos interesados por la labor de la Iglesia. El hecho de que muchas conferencias recientes acerca de la misión hayan estado adoptando este tema, y que éste figure en el título y en los documentos preparatorios de la Conferencia, indica cuán lejos hemos llegado.

En esta presentación, quisiera explorar cómo la reconciliación podría ser vista como un paradigma o modelo de misión. Empezaré dando un vistazo a cómo la idea de reconciliación podría ser vista como reveladora del corazón del Evangelio. Luego daré un vistazo a la comprensión de la reconciliación hoy en día, tanto como *proceso* para entablar la misión, como *meta* de la misión.

Reconciliación: El Corazón del Evangelio

Aunque la palabra “reconciliación” no se encuentra como tal en las Escrituras Hebreas, y sólo aparece catorce veces en el Nuevo Testamento, la Biblia está repleta de historias de reconciliación, desde las historias de Esaú y Jacob, José y sus hermanos, hasta las parábolas de Jesús, especialmente aquella del Hijo Pródigo. Estas historias nos muestran la lucha que sucede al tratar de lograr la reconciliación. Muchas de ellas terminan incluso antes de que la reconciliación sea alcanzada—algo que refleja nuestra propia experiencia.

Es especialmente el apóstol Pablo quien dispone para nosotros la comprensión cristiana de reconciliación. Para Pablo, Dios es el autor de la reconciliación: acerca de esto él no tiene ninguna duda. Sin embargo, nosotros participamos en aquello que Dios está provocando en nuestro mundo. Se pueden discernir tres procesos de reconciliación en los que Dios está involucrado. El primero es que Dios reconcilia una humanidad pecadora en sí mismo. Esto está expuesto especialmente en la Carta de Pablo a los Romanos (5,1-11), donde describe la paz que ahora tenemos con Dios, quien ha derramado su amor en nuestros corazones a través del Espíritu Santo que ha sido dado a nosotros. Hemos sido reconciliados en Dios a través de la muerte de su Hijo, Jesucristo. Es a través de Cristo que ahora hemos recibido la reconciliación. Este acto de Dios reconciliándonos, rescatándonos de nuestro pecado, algunas veces es llamada *reconciliación vertical*. Como tal es la base para todas las otras formas de reconciliación cristiana. También es central para la propia experiencia que Pablo tuvo de Cristo, habiendo sido convertido de perseguidor de la Iglesia a apóstol de Jesucristo, “fuera del tiempo debido.”

El segundo tipo de reconciliación del cual habla Pablo es provocado entre seres humanos individuales y grupos en la sociedad. El ejemplo supremo de esta reconciliación es entre judíos y gentiles. Aquí, la descripción de cómo es efectuada esta reconciliación a través de la sangre de Cristo está presentada en Efesios 2,12-20: los Gentiles, sin esperanza ni promesa, son vueltos a la vida junto con Cristo, que ha derribado el muro de hostilidad que los dividía, y los hizo conciudadanos en la casa de Dios. Esta segunda clase de reconciliación es algunas veces llamada *reconciliación horizontal*.

La tercera clase de reconciliación sitúa al trabajo de Dios a través de Cristo en el contexto de toda la creación. En los himnos que dan inicio a las Cartas a los Efesios y a los Colosenses, Dios es visto como el que reconcilia todas las cosas y todas las personas—ya sea en el cielo o en la tierra—en Cristo (Ef 1,10), haciendo la paz para reinar en toda la creación a través de la sangre de la cruz de Cristo (Col 1,20). Este tipo de reconciliación es algunas veces llamada *reconciliación cósmica*, y representa la plenitud del plan de Dios para la creación, que se realizará al final de tiempo.

Pablo ve a la Iglesia participando en el trabajo reconciliador de Dios a través del ministerio de reconciliación, capturado sucintamente en la presentación que hace Pablo de éste en Segunda Corintios 5,17-20:

Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo. Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al

mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!

Es la reconciliación vertical la que hace posible las dimensiones horizontal y cósmica. Es dentro de este marco de reconciliación vertical, horizontal y cósmica en que debemos ver la misión cristiana. Esa misión está arraigada en la *missio Dei*, la revelación de la Santa Trinidad en los actos de creación, encarnación, redención y consumación. A través del Hijo, Dios ha traído la reconciliación al mundo, superando el pecado, la desobediencia y la alienación que nosotros hemos forjado. Cristo nos reúne con Dios a través de su muerte salvadora, la que Dios confirma en la resurrección y en la revelación de su vida transfigurada. El Espíritu Santo habilita a la Iglesia para participar en este ministerio del Hijo y del Espíritu de reconciliar el mundo. La Iglesia misma está en necesidad de constante reconciliación, pero ésta se convierte en el vehículo para la gracia salvadora de Dios que viene a mundo roto y abatido.

Se podría resumir esta comprensión bíblica de la reconciliación bajo cinco encabezamientos breves:

1. Dios es el autor de toda reconciliación genuina. Nosotros sólo participamos en el trabajo reconciliador de Dios. Nosotros somos, en palabras de Pablo, “embajadores de Cristo” (2Co 5,20).
2. La primera preocupación de Dios en el proceso de reconciliación es la sanación de las víctimas. Esto surge de dos experiencias: el Dios de los grandes profetas de las Escrituras Hebreas y el Dios de Jesucristo se preocupa por los pobres y oprimidos. Segundo, frecuentemente los agresores no se arrepienten, y la sanación de la víctima no puede quedarse como rehén de un agresor no arrepentido.
3. En la reconciliación, Dios hace de los dos, tanto de la víctima como del agresor, una “nueva creación” (2Co 5,17). Esto significa dos cosas, primero que nada, en una agresión profunda, es imposible regresar adonde estuvimos antes de que la agresión tuviera lugar; hacer eso sería trivializar la gravedad de que lo que ha sido hecho. Sólo podemos ir hacia un nuevo lugar. Segundo, Dios quiere tanto la sanación de la víctima como el arrepentimiento del agresor. Ninguno debe ser aniquilado; ambos deben ser llevados hacia un nuevo lugar, una nueva creación.
4. Los cristianos encuentran un camino a través de su sufrimiento al colocarlo en el sufrimiento, muerte y resurrección de Cristo. Es esta conformación de nuestro sufrimiento con el de Cristo lo que nos ayuda a escapar de su poder destructivo. También engendra en nosotros la esperanza.
5. La reconciliación sólo será plena cuando todas las cosas sean reunidas en Cristo (Ef 1,10). Hasta entonces, sólo experimentamos una reconciliación parcial, pero vivimos en la esperanza.

El Ministerio de Reconciliación como Proceso

¿Cómo participa la Iglesia en esta reconciliación? ¿Qué formas concretas toma? Debido al creciente interés en la reconciliación en el mundo de hoy—está lejos de ser sólo una preocupación cristiana—el lenguaje de reconciliación frecuentemente no está claro. A veces ha sido manipulado y distorsionado para servir a otros fines. Como cristianos, necesitamos tener lo más claro que podamos lo que queremos decir con reconciliación y cómo ocuparnos del ministerio de reconciliación.

Permítanme comenzar diciendo que la reconciliación es tanto un *proceso* como una *meta*. Es a la vez un trabajo en curso en el que participamos y un punto final al que esperamos llegar. Veámoslo primero como proceso. Me centraré aquí en la dimensión horizontal o social de la reconciliación. La Iglesia participa tanto en la dimensión vertical a través de sus sacramentos como en la dimensión cósmica, ya sea en su liturgia como en su preocupación por toda la creación. Éstas también constituyen parte de la reconciliación como modelo de misión. Pero debido a que el pensamiento sobre la dimensión horizontal es más reciente y nueva para muchos, le dedicaré más tiempo aquí.

La participación en la dimensión horizontal de la reconciliación se trata de participar en la sanación que Dios realiza a las sociedades que han sido profundamente heridas y quebradas por la opresión, la injusticia, la discriminación, la guerra, y la destrucción gratuita. Esta sanación comienza con el *decir la verdad*, con la ruptura de los códigos de silencio que esconden la agresión contra los miembros pobres y vulnerables de la sociedad. Decir la verdad también significa superar y corregir las mentiras y distorsiones que traen vergüenza no merecida sobre la gente inocente y aislada una de otra para ejercer hegemonía sobre la sociedad. Decir la verdad tiene que ser un esfuerzo constante para decir toda la verdad, tanto por las víctimas como acerca de los agresores. Decir la verdad como práctica en este sentido debe comprender cuatro cosas: debe ser una verdad que resuene con mi experiencia de los eventos, debe estar en un lenguaje que yo pueda entender, debe ajustarse a mi entendimiento de la veracidad, y debe provenir de alguien en quien pueda confiar.

Para un cristiano, decir la verdad es más que relatar hechos de una manera creíble. También involucra a Dios, quien es el autor de toda verdad. Verdad en su sentido hebreo (*'emet*) es parte de la naturaleza de Dios: es confiable, es duradera, es firme, y es fiel. Decir la verdad a este profundo nivel teológico es la base para sanar una sociedad quebrada. En un nivel práctico esto significa que la Iglesia debe esforzarse para crear espacios seguros y acogedores donde la verdad pueda ser pronunciada y oída, donde el silencio pueda ser roto, donde las mentiras perniciosas puedan ser deshechas y superadas.

Con la verdad viene la búsqueda de la *justicia*. Buscar justicia sin esfuerzo para establecer la verdad corre el riesgo de degenerar en venganza en vez de verdadera justicia. La lucha por la justicia (y es una lucha, ya que la agresión no se rinde fácilmente) es multifacética. Implica *justicia punitiva*, que castiga a los agresores de manera legal para resaltar que una sociedad renovada reconoce la agresión que ha sido cometida y que no la tolerará en el futuro. Segundo, implica *justicia restaurativa* que restaura la dignidad y los derechos de la víctima. Tercero, requiere *justicia distributiva*, debido a que el arrebato injusto de los bienes de la víctima hace casi imposible la sanación y la creación de una sociedad justa.

Finalmente, requiere *justicia estructural*, es decir, la reestructuración de las instituciones y procesos de la sociedad para que la acción justa llegue a ser parte de la sociedad reconstruida. La redistribución de recursos, la equidad en los derechos humanos, el acceso garantizado a la salud, vivienda, alimentación, educación y empleo son todas parte de la creación de una sociedad justa.

Un tercer aspecto de reconciliación como proceso es la *reconstrucción de relaciones*. Sin relaciones de equidad y confianza, una sociedad rápidamente se desliza hacia la violencia. El trabajo en estas relaciones tiene que suceder en muchos niveles. Para las víctimas, implica *la sanación de los recuerdos* para que uno no permanezca obligado por el pasado o ser prisionero de éste. Es un superar la toxina que contienen los recuerdos de opresión y marginación. Significa *arrepentimiento y conversión* de parte de aquellos que han hecho mal, reconociendo la agresión y tomando los pasos para aproximarse a la víctima para ofrecer disculpas y hacer una reparación. Esto significa hacer el difícil viaje hacia el *perdón*. Aquí, al proceso de reconstrucción de relaciones frecuentemente se le provoca un cortocircuito. Se da amnistía o se concede impunidad a los agresores incluso antes de que se les permita hablar a las víctimas. Un sudario de faltas de memoria y olvidos se discurre sobre el pasado. Perdonar no se trata de olvidar, sino de llegar a recordar de un modo distinto—un modo que remueve la toxina de la experiencia para la víctima y crea el espacio de arrepentimiento y disculpa por parte del agresor. Perdonar significa recordar el pasado, pero recordarlo de una manera que haga posible una diferente clase de futuro tanto para la víctima como para el agresor.

La Reconciliación como Meta

Decir la verdad, luchar por la justicia, trabajar hacia el perdón: éstas son las tres dimensiones centrales del proceso de reconciliación social. En todas las situaciones que conozco, nunca son asumidas en un campo de juego nivelado; las consecuencias de la opresión, la violencia y la guerra no predisponen para la honestidad, la justicia, e incluso las buenas intenciones en todas las partes. Ni tampoco los procesos están ordenados en la mayor parte. Y ellos nunca parecen estar completos. De hecho, usualmente los experimentamos como truncados, prematuramente ejecutados, secuestrados por los poderosos. ¿Qué debemos hacer?

Esto me lleva a la otra comprensión de reconciliación; es decir, reconciliación como meta. Cuando se habla de reconciliación, con frecuencia se pasa muy fácilmente del final de una violencia patente a una paz imaginada. Esto frustra el desordenado y extenso proceso del decir la verdad, de la búsqueda de la justicia, y del trabajo hacia el perdón. Contamos con que la paz florecerá y prosperará después de largos periodos de guerra. Esperamos que la democracia se levante, como el ave fénix, desde las cenizas de los gobiernos dictatoriales y autoritarios. Pero éste no es el caso. Nos podemos encontrar a nosotros mismos conformándonos con medidas a medias, medias verdades, soluciones comprometidas.

Es importante no confundir la reconciliación como proceso con la reconciliación como meta. Para permanecer en el proceso, debemos fijar nuestros ojos en la meta. Para los cristianos, es Dios quien está trabajando la reconciliación; nosotros somos sólo agentes en el proceso, participando en lo que Dios está haciendo. Dios es nuestra fuerza; Dios es

nuestra esperanza. Es Dios quien está ocasionando esto. Aquí experimentamos la diferencia entre optimismo y esperanza. Optimismo es lo que nace de la confianza en nuestros propios recursos y capacidades. Proviene de nosotros. La enormidad de maldad y pecado que enfrentamos en una guerra y opresión extensas excede largamente lo que somos capaces de conseguir. La esperanza, por otro lado, proviene de Dios. Es Dios el que nos lleva hacia adelante, como hizo con Abrahán y Sara. Vivimos en la fe, la garantía de las cosas que esperamos (cf. Hb 11,1). Con nuestros ojos fijos en Dios y en las promesas de Dios, podemos mantener la fuerza de corazón, de mente y de voluntad para continuar nuestra participación en lo que Dios está haciendo por el mundo.

La iglesia: Una Comunidad de Memoria y de Esperanza

Entonces, ¿en qué lugar se posiciona la Iglesia ante esto? Su participación en la *missio Dei*, entendida aquí como Dios que reconcilia el mundo en sí mismo, está marcada especialmente por tres cosas. El ministerio de reconciliación hace a la Iglesia, primero que nada, una comunidad de memoria y, segundo, una comunidad de esperanza. Su misión, en palabra de acción, del mensaje de reconciliación hace posible lo que quizás es para muchos la experiencia de Dios más intensa posible en nuestro mundo agitado y quebrado.

La Iglesia antes que nada es una comunidad de memoria. No se involucra en el olvido impulsado por los poderosos sobre los vulnerables y los pobres—para olvidar sus sufrimientos, para borrar sus recuerdos de lo que se les ha hecho, para actuar como si la agresión nunca pasó. La Iglesia como comunidad de memoria crea esos lugares seguros donde los recuerdos puedan ser dichos en voz alta, y donde se pueda iniciar el difícil y largo proceso de superar la ira legítima que, si se deja sin reconocer, puede envenenar cualquier posibilidad para el futuro. En los lugares seguros, la confianza que ha sido rota, la dignidad que ha sido negada y arrebatada, tiene la oportunidad de renacer. Una comunidad de memoria está preocupada también de los recuerdos verídicos, no de las mentiras que distorsionan y que sirven a los intereses del agresor a costa de la víctima. Una comunidad de memoria se mantiene centrada en el recuerdo mientras busca la justicia en todas sus dimensiones—punitiva, restaurativa, distributiva, estructural. No buscar la justicia ni luchar por ella provoca que al decir la verdad, suene a falsedad; y que los espacios seguros creados se hagan estériles. Una comunidad de memoria está también preocupada por el futuro de los recuerdos, es decir, las posibilidades de olvido que yacen más allá. El difícil ministerio de la memoria, si se puede llamar así, es posible porque está enclavado en la memoria de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo: el Único sin pecado y que fue hecho pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios (cf. 2Co 5,21).

Vivir en la memoria de lo que Cristo ha pasado—sufrimiento y muerte, y sin embargo no olvidados y ciertamente resucitado por Dios—es la fuente de nuestra esperanza. La esperanza nos permite mantener viva la visión de un mundo reconciliado, no en una forma utópica y superficial, sino enclavada en el recuerdo de lo que Dios ha hecho en Jesucristo. Pablo capta bien esto en otro pasaje en Segunda Corintios:

Pero llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros. Apretados en todo, mas no aplastados; apurados, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados;

derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes la muerte de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo (2Co 4,7-10).

La reconciliación pertenece a Dios; no a nosotros. A pesar de todo lo que pasamos, no perdemos la esperanza, debido a que llevamos la muerte de Jesús en nuestros cuerpos, para que a través de nosotros su vida pueda ser hecha visible. Ésta es la vocación de la Iglesia, su llamado al ministerio de reconciliación, su proclamación de la muerte y resurrección de Cristo en el propio cuerpo de la Iglesia. Si predicamos así con nuestros cuerpos, el trabajo reconciliador de Dios puede ser conocido por un mundo quebrado. La misión, como nos lo han recordado amablemente nuestras hermanas y hermanos ortodoxos, es la liturgia después de la liturgia. Nuestra acción no es sólo acción política o acción por la justicia (aunque es también todas éstas). Es participación en algo mucho más grande que nosotros mismos: el trabajo del Dios Trino de provocar la sanación del mundo.

Traducción: Sergio Suárez